

muchacha, y hacerlo pronto... Era preciso informarse de dónde vivía un abogado de fama, Fanarín ó Mikinschin.

Neklindoff volvió al tribunal y en el primer corredor encontró á Fanarín, á quien conocía ya de nombre y de vista, y le dijo que desearía hablarle.

—Celebro mucho ponerme á vuestras órdenes,—dijo el abogado.—Estoy algo cansado; pero si el asunto no es largo... Contadme, contadme. Entremos aquí.

Fanarín introdujo al príncipe en un despacho y se sentaron junto á una mesa.

—¿De qué se trata?

—Ante todo os ruego que guardéis absoluta reserva acerca de lo que voy á deciros.

—Se entiende.

—Hoy he formado parte del jurado. Hemos hecho condenar á una mujer á trabajos forzados y era inocente.

Al decir esto se paró y se ruborizó. Fanarín miró á su interlocutor y esperó.

—Hemos condenado á una inocente y deseo recurrir en Casación. De esto quería encargaros.

Anhelaba terminar pronto aquella explicación que le resultaba difícil. Así es que añadió en seguida:

—En cuanto á los honorarios y gastos, pagaré sea cual fuese la suma.—Y se ruborizó.

—¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado,—dijo Fanarín.

—¿Y en qué consistía el proceso?

Neklindoff lo expuso brevemente.

—Bien está. Mañana mismo empezaré á estudiarlo, y pasado mañana, ó mejor el jueves, id por mi casa á las seis de la tarde y os diré lo que me parece. Ahora vámonos; aún me queda mucho trabajo.

Neklindoff saludó al abogado y salió. Pensando que había hecho ya algo en favor de la Máslova, quedaba más tranquilo.

En la calle respiró con voluptuosidad el aire primaveral. La tarde era espléndida y quiso ir á pie á pesar de

que los cocheros le ofrecían sus servicios. Pero muy pronto un aflujo de ideas y el recuerdo de Katiuscha y de sus culpas le abrumaron y todo le pareció sombrío y desolado.

—No, no,—se di o.—Pensaré más tarde en todo eso. Ahora tengo necesidad de distraerme.—Y recordando la invitación de los Korchaghin, miró el reloj. Quizá aún llegaría á tiempo.

Pasaba en aquel instante un tranvía; subió á él. Pero en seguida bajó, tomó un coche, y en diez minutos estuvo en casa de los Korchaghin.

XXVI

—Subid, Alteza. Os esperan,—dijo el portero abriendo la puerta de encima maciza que giró sin ruido sobre sus goznes.—Los señores comen; me han dicho que en cuanto llegáseis os rogara que subiéseis —Y acercándose á la escalera tocó el timbre.

—¿Hay alguien?—preguntó Neklindoff en tanto que dejaba el abrigo.

—Están los señores Kolossoff y Miguel Serghieievitch; los demás son de casa.

En lo alto de la escalera había un criado de frac y guante blanco.

—Pasad, Alteza; os esperan.

Neklindoff, atravesando un amplio y espléndido salón, penetró en el comedor. Toda la familia estaba reunida en torno de la mesa, á excepción de la princesa Sofia Vasilievna, que desde hacía muchos años no salía de sus habitaciones.

En la cabecera estaba el anciano Korchaghin, á su izquierda el médico y á la derecha un invitado Fran Franovitch Kolossoff, exmariscal de la nobleza, ahora alto empleado, correligionario de Korchaghin. Al lado del médico estaba miss Reder, institutriz de la hermanilla de Missy, niña de cuatro años que estaba á su lado. Enfrente Petia, el hermano varón de Missy que estudiaba el sexto año en un liceo, y un estudiante que le daba conferencias. Junto á estos dos se sentaba Miguel Sergheievich ó Mischa Telguin, primo de Missy, y enfrente de él Catalina Aleschevna, solterona de unas cuarenta años. Al final Missy y al lado suyo un puesto vacío.

—¡Ah! ¡héos aquí! ¡bienvenido! Sentáos; ya estamos acabando,—dijo Korchaghin, levantando sus ojos sanguinolentos que parecían no tener párpados, en tanto que comía con fatiga y prudencia con los dientes que le quedaban.—Esteban,—y se volvió con la boca llena hacia el gordo y majestuoso mayordomo indicándole el sitio vacío.

Neklindoff había visto muchas veces al viejo Korchaghin comiendo; pero entonces aquel rostro colorado, con los labios sensuales, aquella cara rodeada por la blanca servilleta, el conjunto de aquella figura obesa del general, le produjeron indecible disgusto. Involuntariamente recordó que el viejo príncipe, cuando era gobernador de una provincia, había hecho azotar y oprimir sin piedad á cuantos no se congraciaron con él.

—Vuestra Alteza será servida al momento,—respondió Esteban.

Neklindoff dió la vuelta á la mesa, estrechando la ma-

no á todos los comensales, los cuales, exceptuando las señoras y el anciano Korchaghin, se ponían en pié para saludarlo. Aquel dar la mano á todo el mundo, le pareció sobremanera ridículo y odioso. Se excusó de su tardanza é iba ya á sentarse en el puesto vacío que había entre Missy y Catalina Alexchevna; pero el príncipe insistió en que tomara algo de los entremeses que había en una mesa: jamón, caviar, arenques y queso.

Neklindoff creía tener poca hambre, pero en cuanto hubo tomado un poco de queso no pudo contenerse y comió con avidez.

—Supongo que venís de remediar las plagas sociales,—dijo Korchaghin con una punta de ironía, adoptando las palabras de un periódico reaccionario que combatía el jurado.—¿Habéis absuelto á los culpables y condenado al inocente?

—Algo... algo se ha hecho,—replicó Neklindoff.

—Dadle de comer,—exclamó Missy sonriendo, como para recordar con el «dadle» su intimidad con él.

Kolossoff entre tanto, exponía con brío y en voz alta el asunto de un artículo que combatía el jurado.

Missy, como de costumbre, estaba muy *distinguee* y llevaba un traje muy elegante; pero poco llamativo.

—Debéis estar muy cansado,—dijo volviéndose hacia Neklindoff.

—No, no mucho. ¿Habéis ido á ver la galería?

—No; lo hemos dejado para otro día. Hemos estado en casa los Solomatoff á jugar al *lavcutennis*; y os aseguro que mister Kruko es un jugador sin rival.

Neklindoff había ido allí para distraerse. Comunmente le placían casa y gente, tanto por el lujo que halagaba su gusto, como por la atmósfera adulatora que le envolvía como en una continua caricia. Pero, por un extraño incomprendible caso, todo le parecía odioso en aquel instante. Todo, desde el portero á los criados, desde los invita-

dos á la misma Missy le parecía artificioso y poco atractivo. Le chocaba el tono autoritario y vulgar de Kolossoff, el aspecto sensual del hocico del viejo Korchaghin, las palabras francesas de Catalina Alexchevna, las caras asustadas de la institutriz y del estudiante; y más que todo le chocó aquel «dadle» de Missy... En su modo de juzgar á la princesa, Neklindoff vacilaba siempre entre dos opuestos pareceres: tan pronto se le aparecía como iluminada por un rayo de luna, bella, fresca, inteligente; como vista bajo una luz demasiado cruda que no le permitía ver lo que en ella faltaba. Tal era el caso de aquel día. Neklindoff veía todas las arrugas del rostro, el pelo rizado artificialmente, los codos angulosos, la uña ancha del pulgar que recordaba la del viejo príncipe.

—Es un juego aburridísimo,—exclamó Kolossoff refiriéndose al *tennis*;—era mucho más divertido el *laptá* que jugábamos cuando niños.

—No podéis juzgar porque no lo habéis probado;—replicó Missy,—es un juego muy divertido.

Parecióle á Neklindoff que pronunciaba el «muy» con afectación.

Se entabló una discusión muy animada sobre ello, en la que tomaron parte Miguel Sergeievitch y Catalina Alexchevna. Sólo la institutriz, el preceptor y los niños callaban, evidentemente aburridos.

—¡Yal siempre discusiones,—exclamó riendo fuerte el viejo Korchaghin, y quitándose la servilleta apartó la silla con estrépito.

Todos se levantaron, se acercaron á una mesilla donde había tazas de agua tibia y perfumada y se enjuagaron la boca.

—¿No es cierto,—dijo Missy volviéndose hacia Neklindoff,—que en el juego se revela el carácter de las personas?

Había notado en el rostro de Neklindoff una expresión preocupada y anhelaba saber que causa la producía.

—No sé; no me he fijado nunca en ello,—dijo el príncipe.

—¿Queréis ver á mamá?—preguntó Missy.

—Sí, sí,—contestó con un tono que indicaba que no tenía voluntad, en tanto que sacaba un cigarrillo de la petaca.

La princesa le miró con muda interrogación y él lo comprendió y sintió vergüenza.

—Tiene razón,—pensó,—eso es ir á aburrir á las gentes.

Y esforzándose en ser cortés, añadió que estaría muy contento si la primera consentía en recibirle.

—¡Cómo consentir! Mamá estará contentísima. También está allí Ivan Ivanovitch y podréis fumar.

La dueña de la casa, la princesa Sofía Vasilievna, hacía ya ocho años que recibía á sus invitados sentada en una poltrona, rodeada de blondas, de cintajos, de terciopelo, de oro, de marfil, de bronce artísticos y de flores. Entre todos sus amigos distinguía mucho á Neklindoff porque había sido muy amigo de su madre y porque era un joven inteligente que deseaba que se casase con Missy.

Para llegar á las habitaciones de Sofía Vasilievna, era preciso atravesar dos salas. En la primera, que era muy amplia, Missy, que precedía á Neklindoff se detuvo y apoyando las manos sobre el respaldo de una silla dorada, le miró fijamente. Tenía muchas ganas de casarse y Neklindoff era un buen partido; además, le gustaba; y la princesa, que se había acostumbrado al pensamiento de que sería suyo, procuraba alcanzar su objeto con aquella obstinación inconsciente propia de los enfermos neuróticos. Ahora anhelaba provocar una explicación.

—Veo que os ha sucedido algo,—empezó;—¿qué os ocurre?

Recordó á la muchacha vista en el tribunal, frunció el entrecejo y arrugó la frente. Pero quiso ser sincero.

—Una cosa extraña, maravillosa y grave.

—¿Qué es ello? ¿No puedo yo saberlo?

—Por ahora no; permitid que me calle. Lo que me ha sucedido es tan extraño que no me lo explico todavía bien.—Y se ruborizó.

—¿No me lo queréis decir?—preguntó la joven: los músculos de su cara se contrajeron y por un movimiento nervioso su mano hizo deslizar la silla hacia adelante.—Está bien, vamos.

Y con un un movimiento de cabeza que indicaba que quería sacudir ideas molestas é inútiles, volvió á andar rápidamente. Parecióle á Neklindoff que había contraído los labios con afectación para ocultar las lágrimas y esto le produjo disgusto y vergüenza á la par. Pero comprendía que á la menor debilidad se comprometía sin remisión, aquellos vínculos le daban ahora más temor que nunca: así, sin proferir palabra, la siguió á las habitaciones de la princesa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "TITIANO"
"ALFONSO REYES"
APDO. 1624 MONTERREY, MEXICO

XXVII

La princesa Sofía Vasilievna había terminado su comida compuesta de alimentos escogidos y muy nutritivos que ingería á solas á fin de que nadie la viera entregándose á ocupación tan poco poética. Tenía al lado del sillón una mesita con café y fumaba un cigarrillo perfumado.

Delgada, alta, morena, con los dientes largos y grandes ojos negros, tenía la manía de ser joven aún.

Se murmuraba mucho de sus relaciones con el médico, y Neklindoff, que jamás se fijara en ello, aquel día no sólo lo recordó sino que le produjo mala impresión al verle al lado de ella con la barba partida y llena de pomada. Cerca de la princesa, en un sillón bajo y blando, estaba Kolossoff tomando café.

Missy entró en la estancia con Neklindoff, pero no se quedó.

—Cuando mamá estará cansada, venid á buscarme,—dijo á Neklindoff en un tono que indicaba que no guardaba recuerdo de las anteriores palabras.

—Buenos días, amigo mío; sentaos y contadme algo,—dijo la princesa abriendo la boca y enseñando los dientes, tan bien imitados que podían pasar por naturales.—Me han dicho que habéis vuelto del tribunal de mal humor. Con efecto, creo que debe ser un deber muy penoso para las personas de corazón,—añadió en francés.

—Sí, es verdad, tenéis razón. Siente uno la propia pequeñez... comprende que no tiene derecho á juzgar.

—*Coume c'est vrai!*—exclamó Sofía Vasilievna como si advirtiera la verdad de la observación y tratando de adularle como hacía siempre con sus interlocutores.—¿Y vuestro cuadro?—preguntó poco después.—Tengo muchos deseos de verlo; si no estuviese mala ya habría ido á vuestra casa.

—Lo he dejado,—replicó secamente Neklindoff, aburrido al advertir que trataba de lisonjearlo. Por más esfuerzos que hacía no acertaba á ser cortés.

—¿Sabéis que el mismo Refrín me ha dicho que el príncipe tiene verdadero talento?—dijo la princesa volviéndose hacia Kolossoff.

Persuadida de que era imposible atraer á Neklindoff á una conversación amena é intelectual, la princesa preguntó á Kolossoff su parecer acerca de un nuevo drama y lo

hizo en un tono como si su parecer debiera resolver toda duda y cada palabra fuese digna de esculpirse en mármol.

Kolossoff censuró el drama aprovechando la ocasión para exponer sus teorías sobre arte. La princesa se maravillaba de lo acertado de sus juicios; á veces trataba de defender al autor, pero bien pronto se declaraba vencida y asentía á las palabras del alto empleado.

Neklindoff miraba y oía; pero todo tomaba á sus ojos un significado diverso. Advertía que ninguno de los dos interlocutores daba importancia al drama, que uno no la concedía al otro; pero que hablaban por satisfacer la necesidad de mover los músculos de la lengua y de la garganta después de comer. Vea que Kolossoff estaba semi-embriagado aun cuando no dijera ni hiciera ninguna inconveniencia. Y veía además que, de cuando en cuando Sofia Vasilievna miraba hacia la ventana con temor, producido porque los últimos rayos de sol que daban en ella, podían llegar á su cara é iluminar con luz demasiado cruda su vejez llena de afeites y retoques.

—¡Eso es!—exclamó oyendo una observación de Kolossoff, y al mismo tiempo tocó un timbre. El médico, sin decir palabra, como si fuera uno de la casa, salió.

—Felipe, haced el favor de bajar esta cortina,—dijo al criado que entró,—la primera.—Y en tanto que seguía con sus ojos negros los movimientos todos del criado, se lanzó á una discusión sobre el misticismo y la poesía.

—Felipe, no es esta la que debéis bajar, sino la otra,—exclamó interrumpiendo su disertación.

El criado, un buen mozo de amplio tórax y poderosos músculos, se inclinó como para excusarse y luego pasó á la otra ventana. La princesa tampoco tuvo suerte aquella vez por más que el criado se esmeraba en servirla. De nuevo interrumpió aquella su explicación para decir á Felipe que se equivoca continuamente y que le atormentaba sin compasión. Los ojos de Felipe relampaguearon.

—«¡Ahora la envía al diablo!»—pensó Neklindoff observando aquel juego de fisonomías. Pero el hermoso Felipe sofocó aquel movimiento de impaciencia y empezó á hacer con gran calma lo que le ordenaba Sofia Vasilievna, toda falsedad y malicia.

—Las teorías de Darwin son una gran cosa,—decía Kolossoff arrellanándose en el sillón,—pero se exageran mucho.

—¿Creéis vos en la herencia?—preguntó la princesa á Neklindoff, cansada de su mutismo obstinado.

—No, no creo...—replicó Neklindoff, absorto en las extrañas imágenes que surgían en su fantasía. Al lado de Felipe, que hubiese sido un espléndido modelo para un pintor, se imaginaba á Kolossoff desnudo, con su gran barriga de sandía, la cabeza calva y los brazos sin músculos; trató siempre de imaginarse los hombros de Sofia Vasilievna, tal como debían ser bajo las sedas y terciopelos que los cubrían; pero la imagen era demasiado repulsiva y procuró de desvanecerla.

La primera le miró de alto á bajo y luego dijo;

—Me parece que Missy os espera; id con ella; oiréis un nuevo trozo de Grieg...

—Si no ha de tocar nada,—pensó Neklindoff.—¡qué manía de mentir tiene esta vieja!

Y levantándose, estrechó la mano descarnada y transparente, cubierta de sortijas, que le tendía la princesa.

En el salón encontró á Catalina Aleschevna, que lo acompañó.

—Veo que el oficio de jurado es propio para dar mal humor,—dijole en francés.

—Sí, dispensadme; no puedo remediar el tedio que siento; lo cual no me dá derecho á aburrir á los demás.

—¿Por qué estáis así?

—Permitid que lo calle,—replicó, Neklindoff buscando el sombrero.

—¡Cómo! ¿No recordáis que afirmásteis muchas veces

que es preciso decir la verdad? ¿Por que no quereis ahora decirlo? ¿Te acuerdas, Missy?—se volvió hacia ésta, que entraba.

—Entonces se jugaba y en los juegos se puede decir la verdad,—contestó Neklindoff,—pero en la vida real somos tan malos... á lo menos soy yo tan malo, que no debo hacerlo.

—Nada tan malo como empeñarse en tener malhumor; —indicó Missy,—yo no me empeño nunca en ello y por eso estoy siempre alegre. ¿Queréis venir? Trataremos de ocultar *votre mauvaise humeur*.

Neklindoff experimentaba lo que el caballo que sabe que lo acarician para ponerle el freno. Aquel día no estaba dispuesto á sufrir lo voluntad ajena. Se excusó diciendo que tenía que ir á su casa y se despidió.

Al saludarlo, Missy retuvo su mano más de lo acostumbrado y dijo:

—Recordad que lo que es importante para vos lo es también para vuestros amigos; ¿vendréis mañana?

—No lo creo,—contestó Neklindoff avergonzado sin saber de qué ni por qué. Y salió rápidamente.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Catalina Aleschevna apenas hubo salido Neklindoff.—*Comme cela m'intrigue!* Quiero saberlo á toda costa. Será probablemente *une affaire d'amour propre; il est très susceptible notre cher Mitra!*

—*Plutôt une affaire sale*—estuvo á pique de decir Missy; pero no soltó aquella pulla de mal género. Mirando á lo lejos, con un rostro sin alma, bien diverso de aquel con que miraba á Neklindoff, exclamó:—Todos tenemos días buenos y días malos.

—¿Es posible que éste también me engañe? Después de lo que ha mediado, estaría mal por su parte,—pensaba.

Si Missy hubiese debido explicar qué entendía por «lo que ha mediado», se hubiera encontrado bien apurada; pensaba que él no sólo había despertado una esperanza sino que le había hecho una promesa casi; no eran pala-

bras determinadas, pero sí miradas, sonrisas, reticencias. Todavía lo creía suyo y tener que renunciar á él le hubiese sido penoso.

XXVIII

—¡Es una acción vergonzosa la mía, una vileza!—pensaba Neklindoff yendo hacia su casa.

La impresión de pena que experimentó después de su coloquio con Missy no le había abandonado aún. Neklindoff se decía que en rigor no era culpable para con la princesa, que entre ellos no había ocurrido nada que pudiera ligarle, que jamás le había hablado formalmente de matrimonio; pero al mismo tiempo sentía que tácitamente le había hecho muchas promesas; y nunca, sin embargo, como aquel día, comprendió la imposibilidad de casarse con ella.

—¡Es una acción vergonzosa, una vileza,—repetía, pensando no sólo en sus relaciones con Missy sino en su vida entera.—Sí, todo es vergonzoso en mi existencia,—pensó al entrar en su casa.

—Esta noche no ceno,—dijo al criado que le siguió al comedor en que estaba dispuesta la cena y el té.—Idos á dormir.

—Sí, señor,—contestó el criado y empezó á quitar la mesa.

Neklindoff le miraba y sentía ira: quería que le dejaran en paz, que le dejaran solo.

Cuando el criado se alejó, Neklindoff se acercó al samovar para prepararse el té; pero oyendo los pasos de Agripina Petrovna, se apresuró á pasar al salón para no verla y cerró con llave.

Allí era dónde tres meses antes murió su madre.

Apenas entrado, al débil resplandor de dos lámparas encendidas ante los retratos de su padre y de su madre, Neklindoff recordó que las últimas relaciones tenidas con su madre habían sido indignas de un hijo. Durante aquellos días había deseado su muerte, no por el deseo de heredarla y mandar, sino para no ver el espectáculo de aquel dolor que no podía soportar, de aquella enfermedad que á él mismo le atosigaba por acción refleja.

Miró el retrato, ejecutado por un pintor famoso. Allí estaba representada su madre en traje de baile, descotada, semi desnuda. Aquello le apenó y le disgustó á un tiempo. Mucho más, recordando que tres meses antes aquella misma mujer había agonizado y muerto, casi debajo del retrato que tan bella la reproducía, fría, parecida á una momia, disecada, exhalando un olor agudo, penetrante, sofocante, inaguantable, que aún le parecía sentir.

Recordó otra cosa dolorosa. El día antes de su muerte la princesa le había llamado, y tomando entre las suyas descarnadas, su mano, le había dicho con inconcebible angustia:

—No me acuses, Mitra, no me acuses si no cumplí siempre con mi deber,—y bajo las pestañas de aquellos ojos casi apagados, apuntaron las lágrimas.

—¡Dios mío, Dios mío, qué horror!—exclamó Neklindoff sin apartar los ojos de aquel retrato de mujer semi desnuda.

Aquella garganta le recordó otra mujer joven, Missy, que una noche le había llamado con un pretexto cualquiera para que la admirase en traje de baile. Y el recuer-

do de aquel pecho bellissimo, de aquellos brazos, le llenó de disgusto... ¡Y aquel viejo príncipe de instintos bajos y bestiales, con su cruel pasado!... ¡Y aquella madre con su reputación de borracha!... ¡Todo era horrible!... Todo inspiraba vergüenza, repulsión, náuseas.

«Sí, sí,—pensaba Neklindoff.—Era preciso romper aquel falso lazo con los Korchaghin, librarse de Sofia Vasilievna, y de la herencia, y de todo, para vivir fuera de aquella atmósfera viciada. Ir al extranjero, á Roma... terminar su cuadro...» En aquel instante se acordó de que había dudado de su talento.

«No importa,—se dijo,—¡por lo menos respiraré libremente! Primero iré á Constantinopla, luego á Roma.»

Sólo faltaba arreglar lo del jurado, ver á su abogado.

De repente se representó con indecible claridad la imagen de la acusada con sus ojos negros que bizqueaban. ¡Cómo lloró al oír la sentencia que la condenaba!...

Neklindoff echó el cigarrillo en el cenicero, encendió otro y paseó á largos pasos por la sala. En su mente se evocaron, uno tras otro, todos los momentos de su vida pasados con ella. Y recordó las últimas escenas; la pasión que le subyugara, la desilusión harto pronta. ¡Oh, aquel traje blanco, aquel lazo rojo, aquella misa de media noche!

«Yo la amaba aquella noche de Pascua; yo la amaba verdaderamente con amor puro y suave, como la amé aquel primer estío que pasé en casa de mis tías para hacer mi tesis!» Y se volvió á ver joven y bueno, entusiástico y enamorado como estaba entonces y le invadió una tristeza infinita.

Había un tal abismo entre el joven que era entonces y el que fué después, que casi era más profundo que el que separaba la Katiuscha de la noche de Pascua de la Máslova que se sentara en el banquillo de los acusados. Entonces era libre, en la flor de la vida, confiando en el porvenir, lleno de ilusiones; ahora se sentía aberrojado en la red de

una vida fastidiosa, mezquina, á la cual no veía salida porque hasta le faltaba voluntad para huir de ella. Entonces estaba orgulloso de su rectitud, tenía á gala no mentir jamás; ahora vivía en plena mentira, una mentira que la sociedad que le rodeaba admitía como verdad. ¿Cómo romper las relaciones con Sofía Vasilievna y su marido, de modo que pudiera marchar con la cabeza erguida? ¿Cómo romper con lealtad sus relaciones con Missy? ¿Cómo resolver la contradicción manifiesta entre la injusticia de la propiedad individual de la tierra, y la posesión de los extensos dominios heredados de su madre?

¿Y Katiusha? ¿Cómo reparar el daño que le hiciera? ¡Ahora no podía pensar ya en abandonarla! No, era imposible dejar así á una mujer á la que tanto adorara y limitarse á pagar á un abogado para salvarla de una pena que ni siquiera merecía... ¿Reparar su culpa con dinero, como la otra vez?... Y se le representó el instante aquel en que en el corredor, le había deslizado en el corpiño el sobre con el dinero, y había huido después.

—¡Oh, aquel dinero, aquel dinero!—exclamó Neklindoff con repugnancia y terror.—¡Oh, qué horror! Unicamente un hombre vulgar, un villano podía cometer tal acción. ¿Yo soy, pues, un hombre vulgar y vil?... ¿Es posible?—Pronunció estas palabras en alta voz, deteniéndose de golpe.—¿Es posible que yo sea un vil?..

Parecióle que una voz respondía:

—¿Qué eres sinó?... ¿Es esta la única acción malvada de tú vida?

Neklindoff seguía acusándose. ¿No eran una indignidad sus relaciones con María Vasilievna y su amistad con el marido? ¿Y la herencia aceptada sabiendo que cometía una injusticia? ¿Y su existencia ociosa y corrompida? ¡Sí, era un vill! El mundo podía juzgarle como quisiera, él podía engañar al mundo; pero le era imposible engañarse á sí mismo. Y de repente comprendió que la sensación de náusea que le producían la sociedad, el príncipe, Sofía

Vasilievna, Missy, los criados, no era otra cosa que el asco de sí mismo. En tanto que reconocía su propia vileza sentía una impresión placentera y consoladora.

No era la primera vez que en Neklindoff se producía esa sensación que él llamaba «purificación del alma.» A largos intervalos la había experimentado. Después de esos periodos de lucidez, fijaba las reglas de su vida diciéndose: «Ahora principia una nueva existencia» un camino en el que debía perseverar; pero, poco á poco la seducción del mundo le arrastraba, le hacía caer de nuevo y más bajo que antes. Así se había rehabilitado muchas veces á sus propios ojos. La última fué cuando presentó su dimisión de teniente de la guardia y marchó al extranjero á estudiar la pintura. Desde entonces hasta aquel día, Neklindoff había pasado un largo periodo sin cuidarse de la palmaria contradicción que existía entre la vida que llevaba y las exigencias de la propia conciencia. Ahora que lo advertía, se horrorizaba.

El contraste era tal, que dudaba hasta de la posibilidad de una purificación.

—No, no, es inútil,—le sugería una voz interna tentadora.

«He tratado ya muchas veces de corregirme, de hacerme mejor, y nunca he tenido voluntad para ello! ¿Para qué probar de nuevo? Además, tampoco soy yo solo; todos son así!»

Pero en Neklindoff, había despertado aquel yo libre intelectual, que es el solo verdadero, el solo eterno, el único poderoso, al cual, en lo sucesivo, debía prestar fe. La distancia entre lo que era y lo que debiera haber sido, era inmensa; pero al hombre moral que resurgía, todo le aparecía posible.

—Sí, desgarraré la mentira que me tiene envuelto en sus lazos,—dijo resueltamente en alta voz.—Cueste lo que cueste, diré siempre la verdad, solo la verdad, á todos, como exige mi conciencia. Diré á Missy que soy un liberti-

no, y que no puedo casarme con ella. Diré á María Vassilievna... no, no, á ésta no le diré nada; diré á su marido que mentí á su amistad y que soy un vil. Haré de la herencia materna lo que la justicia demanda... Diré á Katiusha que he sido un vil, que soy muy culpable para con ella, trataré de aliviar su suerte por todos los medios, la rogaré que me perdone... sí le pediré perdón como lo piden los niños.

Se detuvo un instante.

—¡Me casaré con ella si es preciso!

Neklindoff cruzó los brazos sobre el pecho como cuando era niño, y alzó los ojos con expresión ferviente:

—¡Dios mío, ayúdame, enséñame, haz que sea de nuevo bueno y puro!

Suplicaba á Dios que le conciliara y purificara y su ruego había sido ya atendido.

Sentía en sí, no sólo la libertad y la fuerza y la alegría de la vida, sino también toda la potencialidad de lo bueno; se sentía con fuerza para cumplir todo lo que de bueno y bello puede cumplir un hombre. Comprendía esto y los ojos se le llenaban de lágrimas. Y eran las suyas lágrimas buenas, porque nacían del júbilo de la resurrección moral de aquel yo que durante tantos años había dormido en su seno; y eran quizá un tanto malas porque en aquel llanto había algo de enternecimiento de sí mismo al sentir renacer su virtud.

Neklindoff sintió un gran calor, se acercó á la ventana que daba al jardín y la abrió.

La noche iluminada por la luna, fresca, era de una calma purísima; durante unos momentos se oyó á lo lejos ruido de ruedas, después todo quedó de nuevo silencioso. Ante la ventana, un alto álamo proyectaba su sombra en el suelo del gran patio vacío, dibujando extrañas figuras; á la izquierda, una casita con el techo blanco, bajo aquel rayo argentado de luna, enviaba cerca del álamo la sombra oscura de sus paredes.

Neklindoff contemplaba el jardín, el techo iluminado por la luna, y la sombra del álamo; escuchaba aquel silencio magestuoso, respiraba aquel aire fresco y vivificante y de su corazón conmovido salió una exclamación de júbilo.

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto, qué hermoso es!

Y pensaba que también era bella la transformación indecible que se estaba operando en su alma.

XXIX

La Máslova fué vuelta á la prisión hacia las seis de la tarde, cansada, con los pies doloridos por aquella larga caminata insólita de quince verstas, hambrienta, aniquilada, por la severa condena que tan inesperadamente la hería.

En el tribunal, durante el intervalo, mientras los guardias comían pan y huevos, la boca se le hacía agua. Había comprendido que tenía hambre; pero le parecía que el pedir la humillaba demasiado; después habían pasado tres horas, se habían calmado las ansias del hambre, y únicamente le quedaba una debilidad grande. En tal estado oyó la lectura de la sentencia.

Primeramente creyó la Máslova haber oído mal; no po-

día dar crédito á lo que oyera, no podía concebir la idea de la galera.

Pero, viendo las caras tranquilas y reposadas de los jurados y de los jueces que habían oído la sentencia como la cosa más natural, se había vuelto con aquel grito de protesta que resonó por toda la sala:

—¡No soy culpable!

Hasta su grito se acogió como una cosa normal, acostumbra, y al advertirlo ella, es cuando rompió en amargos sollozos, y comprendió que debía someterse á aquella injusticia cruel que tan dolorosamente la hería.

Lo que más la extrañaba, era que aquella condena feroz se la infligieran, no unos viejos, sino aquellos mismos jóvenes que siempre parecían acariciarla con los ojos. Recordaba haber visto aquel sustituto fiscal con aspecto bien distinto; y hasta los otros, en tanto que ella esperaba la sentencia en el cuarto de los acusados, habían inventado una estratagema para pasar ante la puerta y mirarla. Y esos mismos hombres la condenaban ahora á cuatro años de trabajos forzados á pesar de su completa inocencia...

Lloró largo rato; luego se calmó y quedó en un estado de extrema postración intelectual en el cuarto de los acusados, esperando que la condujeran fuera. Solamente un deseo sentía bien claro y preciso: fumar.

Así la encontraron Kirtinkin y la Botchkova, conducidos después de la sentencia á la misma estancia; y de repente lo Botchkova, empezó á injuriarla y á llamarla presidiaria.

—¡Cómo has mentido, canalla! En vano has mentido.. Ya tienes lo que te mereces... En presidio no podrás bromear.

La Máslova, con las manos en las mangas de la blusa, la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada inmóvil, fija sobre el sucio pavimento, respondió varias veces:

—Yo no os digo nada, dejadme en paz.

Se estremeció, cuando, fuera ya Kirtinkin y la Botchkova entró el guardia y le entregó tres rublos.

—¿Eres tú la Máslova? Toma, te los envía una señora.

—¿Qué señora?

—¿Qué señora? Toma sin charlar tanto. ¿Será preciso que te dé explicaciones?

El dinero provenía de la Rosanov. Antes de abandonar el tribunal había preguntado al ugiar si podía enviar algún dinero á la Máslova, y á su respuesta afirmativa se quitó el guante de gamuza de tres botones para sacar del bolsillo de las sayas, un portamonedas elegante, del que tomó un billete de dos rublos y medio, añadiendo cincuenta kopecks.

Luego los dió al ugiar, quien á su vez los entregó al guardia.

—Os ruego,—había dicho la Rosanov,—que se los déis á la Máslova.

El guardia se ofendió de la sospecha que encerraban las palabras de la alcahueta, y por tal causa había contestado de mala manera á la Máslova.

La joven quedó contentísima; aquel dinero representaba el medio de satisfacer su deseo.

—¡Con cuánto gusto fumaría un cigarrillo!—pensaba.

Y todas sus facultades estaban absorbidas por aquel deseo, el cual, llegó á tal grado de intensidad, que le hacía aspirar ávidamente el aire impregnado de olor de tabaco que venía de los corredores.

A las cinco se dió orden de volverla á la prisión; los dos soldados se le acercaron.

Los siguió resignada, y al llegar á la puerta, entregó veinte kopecks, rogándole que le comprase dos panes y cigarrillos.

—Está bien, está bien,—dijo el soldado sonriendo;—compraré lo que pedís.

En el trayecto, hasta la prisión, no le fué posible fumar,

así es, que, la Máslova llegó á la cárcel sin haber podido satisfacer su deseo.

En el momento de entrar, una conducción de presos venía en sentido contrario.

Los había jóvenes y viejos, barbudos é imberbes, rusos y extranjeros, y el ancho vestíbulo se llenó de polvo, de ruido de zapatones, de crugir de cadenas, y de exhalaciones agudas de sudor.

Pasando junto á la Máslova, la miraban todos de pies á cabeza y algunos la dirigían la palabra.

—¡Qué chica tan bonita!

—¡Buenas tardes, prenda!

Un joven moreno, con grandes bigotazos negros, dió un salto hacia ella, armando gran ruido con la cadena y la besó á boca llena.

La Máslova le rechazó bruscamente.

—¡Cómol ¿No te acuerdas ya de tu amigo? ¡No hay que hacer espavimentos!—exclamó riendo y con los ojos brillantes.

—¿Qué ocurre aquí?—exclamó el vicedirector acercándose.

Y como el detenido se apartara aprisa, se volvió hacia la Máslova, reprobándola.

—¿Y tú, por qué estás aquí?

La Máslova quería escusarse y decir que la habían traído del tribunal; pero era tanta la depresión de su alma, que no supo qué contestar.

—Viene de la audiencia, señor,—dijo uno de los soldados, dando dos pasos adelante y saludando militarmente.

—Bueno, pues, lleváosla de aquí. ¿Qué indecencia es esta?

—Sí, señor.

—¡Sokoloff, llévala aprisa!—gritó el vicedirector.

El llavero se acercó, y dándole un fuerte empujón, la condujo hacia el corredor del departamento de mujeres.

Allí la registraron con cuidado y no hallándole nada pecaminoso, pues había escondido los cigarrillos dentro del pan, la volvieron á la sala de donde saliera por la mañana.

XXX

La prisión de la Máslova, era una gran cuadra de siete metros por cinco, con dos ventanas y una estufa; á lo largo de las paredes había una especie de camas de campaña que ocupaban los dos tercios de la estancia; en la pared, frente á la puerta, había un *icono* de color obscuro, cubierto de polvo y con un ramo de flores secas en la placa; y en el ángulo, cerca de la puerta, donde el pavimento estaba ennegrecido, había un cubo que echaba un olor pestilente y completaba el mobiliario de la sala.

Se había girado ya la visita de la noche, y los habitantes de aquel triste sitio que eran diez, y tres niños, estaban ya á punto de dormir.

Entraba aún por la ventana un rayo de luz; dos mujeres, sin embargo, estaban todavía bien despiertas, una que había sido detenida por no poder presentar documentos comprobando su personalidad; otra, una tísica condenada por hurto, medio incorporada en la cama, con la blusa de-

bajo de la cabeza, los ojos muy abiertos y esforzándose por sofocar la tos que la ahogaba.

Había otras mujeres, todas con la cabeza desnuda y con camisas de tela grosera, que miraban á los detenidos que desfilaban por el patio, y otras, sentadas en la cama, cosían.

Estas últimas eran tres.

Una, la vieja que habló por la mañana con la Máslova, cuando ésta fué á la Audiencia, y que era una mujer robusta y alta, con el rostro ceñudo y lleno de arrugas, y una gran peca con vello en la mejilla. Se llamaba Korablova, y había sido condenada á trabajos forzados por haber muerto á golpes de segur á su marido que trataba de abusar de su hija.

Esta era la que tenía mayor autoridad entre todas las detenidas y la que vendía el vino á las demás. Al lado de ella había una mujer de baja estatura, con la nariz chata y los ojos negros y pequeños. Era guardavía y purgaba tres meses de cárcel por no haber hecho á tiempo la señal de alarma al pasar un tren, ocasionando esto una desgracia.

La tercera se llamaba Fedossia ó Fenitchka, como la llamaban sus compañeras; con su carita sonrosada y blanca, sus grandes ojos azules de niña y las trenzas rubias que ceñían su cabeza, era muy bonita; tenía apenas dieciséis años, y estaba presa por haber tratado de envenenar á su marido en seguida de casarse; pero durante los ocho meses de libertad provisional que precedieron á la vista de su causa, no solamente se había reconciliado con su marido, sino que vivió con él en buena armonía. A pesar de éste, de su suegro, y más aún de la suegra, que la quería mucho y que la defendió con gran calor, el tribunal la enviaba á Siberia á trabajos forzados.

Fedossia, buena, alegre, sonriente, dormía junto á la Máslova y no solamente la quería mucho, sino que le prestaba cuantos servicios podía.

Otras dos mujeres estaban sentadas en la cama y no trabajaban. Una, de unos cuarenta años, pálida, delgada, con el rostro arrugado, que mostraba las huellas de una belleza marchitada muy pronto, tenía entre los brazos un niño y le daba de comer. Cuando el Stanovoi fué á su aldea para llevarse á un joven que debía prestar servicio militar, los aldeanos se habían opuesto á ello diciendo que era una cosa contraria á las leyes, y deteniendo al Stanovoi impidieron la marcha del conscripto: aquella mujer, tía del joven, había sido una de las más encarnizadas, atreviéndose á detener por la brida el caballo del funcionario. Por tal delito estaba en la prisión. La otra, una viejecita de mediana estatura, con el pelo blanco y la espalda doblada, estaba en la otra extremidad de la sala, cerca de la estufa y fingía reñir á un niño de cuatro años que corría á su alrededor en camisa, repitiendo siempre las mismas palabras entre alegres carcajadas:

—¿A que no me atrapas? ¿A que no me atrapas?

La viejecita, acusada de haber pegado fuego á una granja junto con su hijo soportaba con resignación su estancia en la cárcel, y únicamente la affligía el recuerdo de su hijo que estaba en la cárcel también, y de su marido anciano que, sin los cuidados de nadie, pues la nuera se había escapado, debía estar en su casa lleno de inmundicia.

Cerca de la ventana, otras cuatro mujeres, aproximándose á la reja, conversaban con los detenidos que pasaban por el patio. Una de ellas que estaba en la prisión por hurto, era una mujerona de cabellos rojos, de carnes flácidas y colgantes, con la cara pálida y amarillenta, que con voz ronca y destemplada, soltaba de continuo palabras soeces. Al lado suyo había una mujer que parecía una niña de diez años, que reía continuamente de lo que veía en el patio. Tenía negros los ojos, que brillaban en su rostro pecoso, y por su elegancia la llamaban Choroschavka—la Bonita,—y fué condenada por hurto é incendio. Detrás de ella había una mujer alta, delgada, en cinta, con un vien-

tre enorme y un aspecto que daba compasión, cubierta con una camisa sucia y asquerosa. Esta, acusada de encubridora de hurtos, no decía palabra, pero sonreía con complacencia, mirando con curiosidad lo que ocurría en el patio.

La cuarta era una aldeana de mediana estatura con los ojos saltones y el rostro bondadoso, detenida por contravenir á la ley que prohíbe vender vino en el campo. Miraba también por la ventana, como las demás, pero sin decir nada y sin cesar un instante de hacer calceta. Tenía junto á sí dos hijos, el niño que jugaba con la viejecita y una niña de siete años, rubia y esbelta que escuchaba atentamente, con los ojos muy abiertos, las blasfemias que la mujerona decía á los hombres, repitiéndolas luego en voz baja, como para imprimirlas en la memoria.

La última era una presa alta, bien formada, con el pelo rizado y los ojos hermosos; era hija de un diácono y había ahogado á su hijo en un pozo. Sin fijarse en nada de lo que ocurría á su alrededor, iba de un lado para otro de la sala á grandes pasos, delcalza, con una camisa gris y sucia, atenta tan sólo á su pensamiento.

XXXI

Cuando se oyó el ruido del cerrojo y la Máslova entró en la sala común, todas se volvieron hacia ella; hasta la hija del diácono se paró un momento frunciendo el entre-

cejo; luego, sin proferir palabra, volvió á emprender sus paseos, con paso largo y firme.

La Korablova cesó en su costura y miró á la muchacha con muda interrogación á través de los cristales de sus lentes.

—¿Cómo? ¿Has vuelto? ¡Yo que creía que serías absuelta!—Y se quitó los anteojos y dejó su labor sobre la cama.

—Todas creíamos que te absolverían, chica,—dijo la guardavía.—Parece que Dios lo ha dispuesto de otra manera.

—¿Te han condenado?—preguntó Fedossia con tierna compasión, mirando á la Máslova con sus ojos azules de niña. Y su rostro se nubló y le temblaron los labios como si fuera á llorar.

Máslova no contestó palabra: se fué hacia su sitio al lado del de la Korablova y se sentó.

—Quizá ni siquiera has comido,—dijo la Fedossia acercándose.

Tampoco contestó la Máslova. Sacó el pan del bolsillo y lo dejó sobre la almohada; se quitó la blusa empolvada y el pañolito de la cabeza.

La viejecilla jorobada que jugaba con el muchacho, se acercó á su vez.

—¡Chist!—dijo al muchacho que miraba el pan con ojos codiciosos.

Después de todo lo que había sufrido durante todo el día, la muchacha al verse rodeada de rostros amigos que la miraban con cariño, sintió formarse un nudo en su garganta, y aunque hizo esfuerzos para contener el llanto no pudo evitarlo, y rompió en amargos sollozos.

—Ya te había dicho yo que tomaras un buen defensor y así hubieses salido libre.

La Máslova no pudo contestar. Sollozando sacó los cigarrillos del pan y los alargó á la Korablova, la cual sacó uno de la cajetilla, lo encendió y se lo alargó á la Máslova.

Esta, sin dejar de sollozar, aspiró con delicia el humo del tabaco. Después con voz alterada, profirió:

—¡Trabajos forzados!

—¿No temen á Dios esos asesinos?—exclamó Korablova.—¡Condenar á una inocente!

En aquel instante sonaron carcajadas entre las mujeres que miraban al patio por la reja. Hasta la niña reía, y su risa argentina se mezclaba con la risa gutural y cascada de las viejas.

—¡Ah, canalla! ¿Qué demonios hace ahora?—exclamó la mujer pelirroja riendo á carcajadas; y, pegándose contra la reja, profirió palabras obscenas é insensatas.

—¡Anda, estúpida! ¡vaya un modo de reirse!—dijo la Korablova, y volviéndose hacia la Máslova, preguntó:

—¿Cuántos años?

—Cuatro.

Y las lágrimas, que corrían abundantes de sus ojos, mojabán el cigarrillo. Lo tiró con furia y tomó otro. La guardavía lo recogió y lo guardó.

—A lo que se vé,—dijo,—hacen lo que quieren,—y siguió hablando sin tregua, en voz baja.

Las demás mujeres se habían apartado de la ventana y acercádose á la Máslova. La primera fué la vendedora de vino con su chiquilla.

—¿Por qué tanta severidad?—preguntó, sin dejar de hacer calceta.

—Porque no hubo dinero. Con dinero se hace lo que se quiere. Aquel de la nariz remangada es capaz de sacar seco del agua á uno que se ahoga.

—¡Ya!—intervino la Choroschavka,—pero ese por menos de mil rublos no te escucha siquiera.

—Se ve que era tú destino,—afirmó la viejecita.—Imaginar que después de haber robado la mujer á otro han encarcelado al marido, y á mí, á mi edad...—y por centésima vez volvió á contar su historia.—Se ve que de la prisión y el mendigar nadie puede estar libre.

—Siempre sucedé así,—dijo la vendedora de vino, mirando la cabeza de su hija, á la que aguantó entre las rodillas mientras sus dedos ágiles se perdían entre el pelo.—¿Por qué vendes vino?... Pues no sé que debía hacer para que mis hijos no se murieran de hambre...—Y prosiguió en su operación de busca y captura.

La Máslova, al oír la palabra vino, recordó que tenía sed.

—De buena gana bebería un trago,—dijo á la Korablova en tanto que enjugaba sus ojos con las mangas de la camisa,

—¿Por qué no? ¿Tienes dinero?—replicó la otra.

XXXII

La Máslova sacó el dinero del pan y alargó á la Korablova el billete nuevo. Lo tomó ésta y aunque no sabía leer creyó lo que le decía la Choroschavka, que le afirmaba tener un valor de dos rublos y medio. Luego se acercó á la estufa, que era dónde escondía la botella.

Las mujeres se alejaron y la Máslova, después de sacudir el polvo de la blusa y del pañuelo, se sentó en la cama y empezó á morder el pan.

—Te habla guardado té,—dijo Fedossia tomando una tetera de hojadelata. Ahora quizá esté frío.